

## **ESPIRITUALIDAD CONYUGAL, EL CARISMA.**

La intención de este documento es hablar de la Espiritualidad Conyugal, carisma de este gran Movimiento de Equipos de Nuestra Señora. Al adentrarnos en la lectura de los textos del Padre Caffarel ha sido cautivador y de tal profundidad sus palabras que decidimos únicamente plasmar su pensamiento sobre este tema.

Este documento está plagado de textos del Padre Caffarel, del libro: "El matrimonio, aventura de santidad" en el cual nos dice:

Al principio de nuestro matrimonio parecía algo sencillo, pronto uno se da cuenta de que la voluntad que el amor exige va mucho más lejos de lo que uno pensaba. Se trata de algo más que de conjugar el verbo amar, algo más que de intercambiar emociones, sentimientos, pensamientos superficiales; es nuestro ser profundo, el yo íntimo el que hay que revelar y para ello descubrirse uno tal cual es, con sus riquezas y sus miserias.

Es cierto, la relación conyugal, incluso entre aquellos que se aman, es difícil, incluso cruel a veces. Pero su crueldad es como la del educador que obliga a la persona a superarse, a liberar todas sus virtualidades.

Echar mano de todas nuestras capacidades humanas, de nuestra voluntad, estar atentos y empeñarnos en tener la mejor relación conyugal es posible, es bueno, es deseable. Hay un tema maravilloso más a considerar: somos tridimensionales, contamos con toda nuestra humanidad, pero también con nuestro espíritu, algo extraordinario, sigamos escuchando al Padre Caffarel:

El hombre es un alma encarnada. El comunicarse a través del espíritu, de alma a alma, es una experiencia prodigiosa. Esa comunicación se realiza por intermedio de nuestro cuerpo humano. Una mirada, una sonrisa, una presión de la mano, todo es un medio de comunicarse.

Las actitudes, los gestos, tanto como las palabras, están cargadas de sentido. Por eso es necesario que el espíritu quiera estar presente en todas estas actividades corporales, se introduzca en ellas para

transfigurarlas, les da vida, para que no se degeneren en costumbres, o lo que sería peor, para que no sean únicamente expresión de nuestro instinto y nuestra pura humanidad.

Continúa diciendo, no es sólo en los momentos en que, por las circunstancias de la vida o la etapa del matrimonio en que nos encontramos y es fácil y apetecible poner en común las cosas, cuando hay que darnos; hay que hacerlo a lo largo de toda la vida.

Cristo ha hecho mucho por el amor conyugal, pero exige de los esposos que colaboren. El amor, maravillosamente salvado y llamado a los más santos destinos, sigue siendo vulnerable y esta amenazado. Cristo no le ha dado gracias de inmunidad, sino gracias para la tarea y el combate que le aseguran la fuerza de no caer en las tentaciones (la costumbre no es la menos temible) y la de triunfar ante los enemigos de dentro y de fuera. Un amor que se niegue al trabajo y al combate es un amor vencido de antemano.

El Padre Caffarel con claridad nos dice: "Es cierto, la relación conyugal, incluso entre aquellos que se aman, es difícil, incluso cruel, a veces", pero nos habla también con claridad del origen de tal dificultad.

"El declive de tantos matrimonios se explica por el olvido de este principio fundamental; que alejarse de Dios y pecar contra él, es pecar contra el amor al separarse de la Fuente del amor".

Tomando ahora la referencia del Catecismo de la Iglesia podemos ver en el numeral 1606; Todo hombre, tanto en su entorno como en su propio corazón, vive la experiencia del mal. Esta experiencia se hace sentir también en las relaciones entre el hombre y la mujer. En todo tiempo, la unión del hombre y la mujer vive amenazada por la discordia, el espíritu de dominio, la infidelidad, los celos y conflictos que pueden conducir hasta el odio y la ruptura. Este desorden puede manifestarse de manera más o menos aguda, y puede ser más o menos superado, según las culturas, las épocas, los individuos, pero siempre aparece como algo de carácter universal. En el 1607, Según la fe, este desorden que constatamos dolorosamente, no se origina en la naturaleza del hombre y de la mujer, ni en la naturaleza de sus relaciones, sino en el pecado"

Pero nuestra amada iglesia nos llena de esperanza mostrándonos como debemos actuar y en el numeral 1608 nos dice, Para sanar las heridas del pecado, el hombre y la mujer necesitan la ayuda de la gracia que Dios, en su misericordia infinita, jamás les ha negado. Sin esta ayuda, el hombre y la mujer no pueden llegar a realizar la unión de sus vidas en orden a la cual Dios los creó al comienzo”.

Y escuchemos al papa San Juan Pablo II, «Y si el pecado les sorprendiese todavía, no se desanimen, sino que recurran con humilde perseverancia a la misericordia de Dios, que se concede en el Sacramento de la Penitencia». Parte esencial y permanente del cometido de santificación del matrimonio cristiano es la acogida de la llamada evangélica a la CONVERSIÓN, dirigida a todos los cristianos que no siempre permanecen fieles a la «novedad» del bautismo que los ha hecho «santos». No es siempre coherente con la ley de la gracia y de la santidad bautismal, proclamada nuevamente en el sacramento del matrimonio.

Y continúa san Juan Pablo II; La vocación universal a la Santidad está dirigida también a los cónyuges. Para ellos está especificada por el Sacramento del Matrimonio. De ahí nace la Gracia y la exigencia de una auténtica y profunda **Espiritualidad Conyugal** que ha de inspirarse en los motivos de la creación, de la alianza, de la cruz y de la resurrección.

El Padre Caffarel nos habla de este tema y nos dice, negarse a Dios es negar al matrimonio su pan cotidiano; el amor. Miente el que pretende valorar el amor cuando desprecia la fuente del amor que es Dios.

La Fuente del amor no está en el corazón del hombre. Está en Dios. A los esposos que quieren amar, aprender a amar, cada vez mejor, solo les puedo dar un consejo: Buscar a Dios, amar a Dios, estar unidos a Dios, cederle toda la primacía.

La Espiritualidad Conyugal se deriva de la gracia recibida por la consagración del matrimonio que representa una gracia particular o específica, destinada a perfeccionar el amor de los cónyuges y a fortificar su unidad indisoluble. Esta gracia también contribuye a la santificación mutua durante toda la vida conyugal y también a la

aceptación mutua y a la educación de los hijos, además de incluir la gracia que se derrama del sacramento para compartir con la iglesia.

Dios está ya presente en el corazón del simple amor natural y los que lo buscan, lo encuentran, pero en los hogares cristianos, fundados sobre el Sacramento del matrimonio, su presencia es infinitamente más real y eficaz. Propiamente hablando, no es el amor el que se convierte en Sacramento. Es el compromiso que se deriva de él y la unión que se vive; el amor que ha inspirado ese compromiso y que es alma viva de esa unión, participa en el Sacramento; se podría decir de él, que no es solamente santificado, sino también santificante.

Desde hace siglos, el hombre le pedía al amor la dulzura y la alegría de vivir; le pedían muchos y sin embargo no esperaban todo lo que podría darles. Llegó Cristo y ahora el Dios amor es capaz de transmitir a los hombres la vida divina. El amor, causa de alegría, se ha convertido en fuente de gracia. Los hombres le pedían todo; Él les dio más que todo, puesto que les da la causa de todo: Dios.

Los cristianos casados, recurren a la gracia de los sacramentos, en especial a la Eucaristía, el más grande de todos, para alimentar su vida espiritual. pero ¿por qué ignorar tan a menudo que esa misma gracia reside en el centro mismo de su amor, en el que brilla la imagen inextinguible del Sacramento del matrimonio?

El Padre Caffarel nos da un ejemplo de lo que no es espiritualidad conyugal y dice: no es un plagio de espiritualidad monástica, ni es una vida espiritual individualista. En muchos terrenos, los esposos observan la unidad de la visión y de acción que es lógico en el marco de la vida del hogar, pero no piensan en comunicarse en el plano espiritual. Cada uno vive con Dios a su manera, cada uno sigue su pequeño sendero personal, separado y protegido del otro, como un soltero. Cada uno dice yo sin pensar en ese nosotros que ha creado el sacramento.

Es creer que sería una falta de respeto involucrarse en la espiritualidad del otro. Pero a la inversa, una discreción excesiva es una falta de amor.

Continuemos escuchando al Padre Caffarel cuando se dice que el matrimonio es un sacramento, eso quiere decir que todas las realidades de la pareja son portadoras de gracia para aquellos que las viven según la voluntad divina. Cristo comunica su gracia a cada uno de los esposos en y a través del contexto de la vida conyugal.

Como en todos los otros sacramentos, la acción de Cristo no es eficaz mas que en la medida en que la acogemos. Por consiguiente, hay que abrirse a ella con fe, con humildad y con una cooperación exigente. Y eso, no sólo alguna vez, sino siempre.

El sacramento del matrimonio es una realidad viva que siempre está ahí y a la que hay que recurrir constantemente. Los esposos deberían hacer a menudo un acto de fe, sobre todo durante su oración conyugal, para pedirle a ese sacramento, que no desea más que actuar, que les una que les purifique, que les libere del mal.

Fe, humildad y esperanza. Los sacramentos operan en la medida en que tenemos desde ellos, los dones que nos ofrece. Pero se precisa nuestra cooperación.

Cuántas consecuencias interesantes sacaremos de esta doctrina. El hogar cristiano es pues, como la Iglesia, el lugar de un sacramento. Demasiados cristianos lo ignoran. Para ir a buscarla solo cuentan con la mediación de la iglesia.

Es verdad que Jesucristo sustancialmente presente bajo las apariencias del pan, les está esperando y que la Eucaristía es el gran sacramento hacia el que convergen todos los demás. Pero no es menos verdadero, que los esposos deberían también alcanzar la gracia en lo más profundo de su unión, donde Cristo está presente para darse a ellos, ayudarles en su vida común y a dar testimonio de la gracia que de su sacramento se derraman y ponerlo a disposición de la Iglesia.

El Padre Caffarel nos interpela y dice: Conforme pasan los años y a la vista de la situación, tan vulnerable del amor conyugal, actualmente, resuena cada vez más profética: Si los hogares cristianos descubrieran que no pueden contentarse con ser simples beneficiarios de la acción santificadora de la iglesia, sino que deben, en masa, aportar su colaboración, a su acción apostólica, entrar en el gran impulso misionero, que prepara la última venida de Cristo, entonces, estoy convencido, asistiríamos a una prodigiosa expansión del reino de Dios.

Leticia y Guillermo Muñoz,  
Hogar Responsable SRHN